

Los caminos de la historia David Pantoja Morán

Jesús Reyes Heróles,
Selección de textos,
 UNAM, Biblioteca del Estudiante
 Universitario, México, 2004.

Agradezco la distinción que me ha hecho el director del Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana de invitarme a participar en la presentación del libro que recoge parte de la obra de don Jesús Reyes Heróles y que sale a la luz bajo el sello de la UNAM.

En tiempos de opacidad y confusión, cuando la noche no acaba de caer y todavía no amanece, acudir a la lectura de Reyes Heróles nos devuelve la seguridad de pisar en tierra firme por donde transitar. Reconozcamos a la UNAM, entonces, el acierto de publicar esta selección de textos en la Biblioteca del Estudiante Universitario, que tantos logros acumula ya.

Otros esfuerzos de compilación y de selección de textos del autor han aparecido bajo diversos sellos. No podría dejar de mencionar, en primer término, la publicación de la obra completa, en ocho tomos, que emprendieron la Asociación de Estudios Históricos y Políticos Jesús Reyes Heróles, la SEP y el Fondo de Cultura Económica. La coordinadora general de este esfuerzo editorial fue la doctora Eugenia Meyer quien, por ser al mismo tiempo la editora de la antología que hoy se presenta, nos da plena garantía del conocimiento y dominio que tiene sobre tan vasta obra intelectual.

La Comisión Nacional Editorial del PRI en 1975 publicó los discursos de Reyes Heróles, de febrero de 1972 a febrero de 1975, bajo el título *Discursos políticos. Avancemos con la sonda en la mano*.

Con una magnífica introducción del ilustre constitucionalista ya fallecido Martínez Báez, bajo el título *La historia y la acción. La Revolución y el desarrollo político de México*, Editorial Oasis publicó en 1978, junto con algunos discursos, ensayos de largo aliento de don Jesús que ya habían visto la luz en otras editoriales tales como "Continuidad del liberalismo", "Rousseau y el liberalismo en México", "La iglesia y el Estado", etcétera.

La editorial Cambio XXI, Fundación Veracruz publicó una selección de textos de Heriberto Galindo, titulada *Antología de textos políticos*.

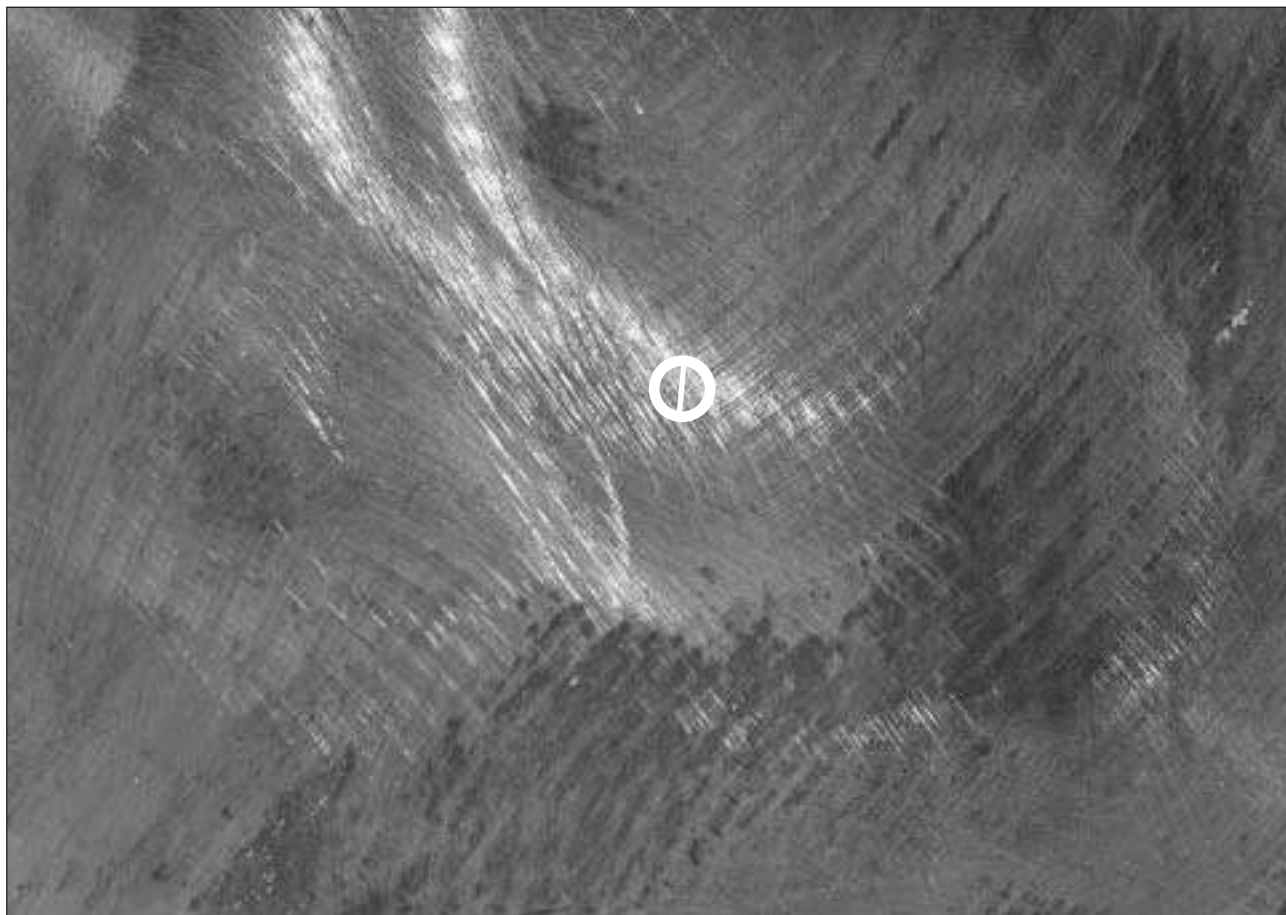
La Secretaría de Educación Pública, por medio de Conafe publicó, en 1985, dos volúmenes con sus discursos, intervenciones y entrevistas en su calidad de secretario de Educación Pública, con el título *Educación para construir una sociedad mejor*.

Como es obvio, estas antologías han tenido un propósito expreso. Quizá los más manifiestos han sido, por una parte, el que tuvo como intención publicar los discursos de Reyes Heróles en su paso como dirigente del PRI y, por otra, como secretario de Educación Pública, una más la que recopila sus textos políticos. En la antología que se comenta, el tema es la historia.

De manera muy especial agradezco esta oportunidad de expresar un punto de vista sobre el trabajo intelectual de don Jesús, pues tuve el privilegio de colaborar con él en la Secretaría de Educación Pública y porque su familia me honra con su amistad y ello me brindó la ocasión de disfrutar ocasionalmente de su arte de ameno conversador, siempre sobre temas de su pasión.

De ahí creció un respeto y una admiración que ya habían despertado la lectura de sus trabajos sobre el liberalismo mexicano y sobre Otero. Y digo que estos sentimientos se acrecentaron, porque hasta ahí sólo había descubierto la dimensión del intelectual, del reconocido profesor de teoría del Estado de mi facultad de origen, pero cuando ya me fue dado ver y oír de cerca al ya para entonces ex presidente del Comité Ejecutivo del PRI y ex secretario de Gobernación, actuando ahora como secretario de Educación Pública, entonces, advertí la talla de aquel hombre público en el que concurrían el poder político y el amor al conocimiento y a la cultura, las dos condiciones del gobernante ideal, puestas de relieve en el diálogo entre Sócrates y Glaucón, relatado por Platón en *La República*.

Hubo en Reyes Heróles una inescindible ligazón entre el pensar y el actuar: la palabra es acto, solía decir. Creyó firmemente en el poder de la razón, el logos fue la brújula de su conducción como



funcionario público. Su convicción de que se gobierna con argumentos, con razones, discutiendo, dialogando, convenciendo, pero previamente escuchando, lo llevaba a dedicar muchas horas a la preparación de sus discursos e intervenciones. En ellos siempre se podrá encontrar la intención educativa, la vocación del maestro.

Esta estrecha vinculación entre el político y el intelectual está pertinentemente señalada en la introducción del libro que nos convoca hoy.

En efecto, para el autor, la teoría sin la práctica puede llevar a la esterilidad, pero la práctica absoluta, sin la teoría, puede conducir a la barbarie.

En su ensayo sobre Mirabeau, incluido en la obra que se comenta, combate esa idea de Ortega, que igualmente degrada al intelectual y al político, al concebir al intelectual como "el preocupado", "el ensimismado" al que "es preciso no ocu-

par en nada" y al político como "el aturdido", "el agitado", que cuando bien procede reflexiona después de actuar y cuyas condiciones son la impulsividad, la turbulencia, el histrionismo, la imprecisión, la pobreza de intimidad y la dureza de piel.

Los bárbaros son los únicos, machacaba, en cuya política sólo se percibe la práctica. Parte muy importante de la política son las ideas que se persiguen, en las que se cree, las que se predicán, con las cuales se obtienen adhesiones y adversarios. Práctica y teoría, concluía, se alimentan mutuamente.

Este afán de conciliar teoría y práctica, pensamiento y acción, le llevó a utilizar a la política como un instrumento civilizador, que posibilitara la convivencia en sociedad. Así, expresaba su convicción de que debía imperar la fuerza de la política para impedir que medrara la política de la fuerza. La preocupación por desterrar

a la violencia como solución de los conflictos y teniendo como fuente de inspiración a los Mora o a los Otero, le hizo ver en la reforma de la sociedad el medio para eludir las salidas de fuerza. Y ahí está su gran obra, la reforma política que, al reconocer la pluralidad de la sociedad mexicana de nuestros días, abrió el cauce a la participación ciudadana y propició el cambio que hoy vivimos.

Ahora bien, ¿por qué este político intelectual escoge a la historia como la disciplina de su preferencia? ¿Por qué abraza como actividad u oficio la del político y la del historiador? La historia, nos responde, está en la entraña de todo conocer o hacer. Y si deseáramos corroborar si le asiste la razón nos bastaría con acudir a la obra de dos pensadores cimeros de la ciencia política y ahí, en *El Príncipe* o en *Los discursos sobre la primera década de Tito Livio* o en *El espíritu de las leyes*, en esas páginas llenas de



erudición histórica podremos percatarnos hasta qué punto el conocimiento político se construye sobre la historia. ¿De qué otra manera, a falta de laboratorios y de la posibilidad de repetir experimentos, le es dado al que se dedica a la ciencia política formular hipótesis y conclusiones, si no es acudiendo a la historia?

Pidiendo prestado un pensamiento a Gramsci, Reyes Heróles concluye que historia y política están estrechamente unidas o son la misma cosa, que el “gran político” debe ser cultísimo, pero no en forma “libresca”, como erudición, sino como sustancia concreta de intuición política, sin embargo, afirma que, para conseguirlo, será preciso aprenderlo también librescamente.

Por último, existen muchas razones para invitar a la lectura de la obra que hoy se comenta, pero lo que me parece más importante subrayar, en esta oca-

sión es esa característica del pensar y el actuar de Reyes Heróles, es el mentís a esa concepción vulgar del político que lo ha hecho despreciable, que lo ha convertido en un término peyorativo, sinónimo de incultura, de estulticia, de marrullería y malas artes. Es su rescate de la política como una de las actividades de más noble y más alta estirpe.

Su reivindicación de la Política con mayúscula, como actividad cultural. La política, tal y como la concibió en una entrevista dada a conocer en el diario *Novedades* en 1966, era “aprender, enseñar, crear, influyendo sobre una dura y persistente realidad rebelde a las manos del hombre. El reto de un libro a escribir, inasible y rebelde a la pluma –preguntaba–, ¿no es acaso equiparable al de una realidad que hay que ayudar a moldear? No sabría qué desafío es mayor –reflexionaba– uno y otro pertenecen al campo de la cultura.”

Ahora pregunto yo, ¿no es acaso coincidente esta concepción de la política con la del pensamiento clásico antiguo, para el que ésta era ante todo educación y reforma moral del hombre, la política como prolongación de la ética, como la filosofía de las cosas humanas? ¿No se inscribe acaso la política, tal como la piensa Reyes Heróles, en esa tradición de ver *politeia* y *paideia*, educación y República, educación y política como términos intercambiables?

Ante la degradación de la política que llevan a cabo algunos políticos, ante el descrédito de éstos, no podemos sino celebrar que esta colección, que se ha preocupado por poner en manos de los estudiantes universitarios a los clásicos mexicanos de la talla de Mora, fray Servando o Ramos Arizpe, hoy añada este texto, que seguramente contribuirá a devolverle a los jóvenes la imagen que merece la política.